

LOS TILOS

De Raúl Hernández Garrido

—Hay que ver los tilos, qué hermosos están este año.

Erresti, junto a la ventana, extendió su falda sobre el desgastado asiento de la silla y siguió con su trabajo. Tomó con ambas manos la prenda que estaba arreglando, la palpó con cuidado, le dio la vuelta y luego la dejó reposar sobre su regazo mientras que del costurero cogía aguja e hilo. Meticulosamente, se concentró en su tarea. El tiempo lentamente se adelgazaba y se detenía en esa acción repetida. Todo a su alrededor parecía diluirse en una hoja en blanco en la que sólo tenía cabida el cuidado con el que Erresti acometía su labor punteando con trazos muy finos costuras y dobladillos. Las gafas resbalaron a lo largo de su nariz y, cuando ya parecía que se iban a caer y estrellarse contra el suelo, un gesto breve del dedo bastó para asegurarlas. Eran lentes para ver de cerca y que utilizaba exclusivamente para la tarea que ahora le ocupaba. La aguja entraba y salía entre la tela y la mano tensaba el hilo afianzando así la costura hasta volverla invisible. La punta emergía rozando el pulgar, pasando junto a la yema sin dejar ni un resquicio, raspando una vez más la piel encallecida por las muchas labores de muchos años de costurera. No le gustaba usar dedal, precisaba tantear la rugosa superficie de la tela y asegurarla con toda la fuerza del dedo. Cortó con sus dientes el hilo y lo hilvanó en la costura. Luego, introdujo las tijeras, con cuidado, bien adentro, y rebanó el hilo sobrante. Con un tirón, limpió las últimas hebras, que saltaron a su delantal y se ovillaron sobre su pecho, como perros de caza descansando tras una jornada agotadora. Las gafas volvieron a resbalar. Nunca se le habían caído, nunca se le acababan de caer. Se quedaban siempre en un equilibrio precario, sin sobrepasar la punta de la nariz, sin importar que el puente de ésta fuera, como era el caso de Erresti, demasiado escueto. La mujer siguió con su trabajo, tomó una nueva prenda y la aguja volvió a entrar entre las telas. Coser era la actividad a la que la mujer dedicaba todo el tiempo que no ocupaba en preparar la comida, arreglar la casa, lavar o ir a la parroquia. Cosía desde el amanecer hasta el mediodía, y desde media tarde hasta el atardecer y luego, de noche, hasta bien

entrada la madrugada. Cosía desde que era joven, casi una niña. Cosía y las que habían sido sus compañeras de juegos se fueron casando y teniendo hijos. Cosía mientras los mozos dejaban de pasear bajo su ventana. Cosía y sus padres desaparecieron y ella y su hermana se quedaron solas. Cosía porque era lo único que le habían enseñado y de lo poco que sabía hacer; cosía por necesidad, porque con ello ganaba lo suficiente para sobrevivir; y cosía porque cuando lo hacía, no pensaba en nada más. No pensaba en aquello que crecía en su cabeza, en la parte izquierda del cráneo, justo detrás de su ojo izquierdo, donde desde hace años sentía un pinchazo agudo. Cosía para no pensar en ese punto definido, blanco, que el médico le había mostrado en una radiografía de su cabeza y que puntada a puntada había ido creciendo comiéndose sus pensamientos y su vida. Cuando acababa su labor, recogidos hilos, agujas, telas, patrones y las prendas que estaba trabajando, guardaba las gafas en una bolsita blanca hecha con ganchillo y las depositaba sobre el cesto de la labor. Afuera los grajos acuchillaban la tarde con sus chillidos.

—Todos los días haciendo la misma tarea. Todos los días con la misma carga—se dijo en un susurro y luego lo repitió por mucho tiempo en voz alta, mirando lo que tenía a su lado, un bulto vivo al que parecían faltarle las fuerzas hasta para mantenerse erguido. Era su hermana Coro, siempre pegada a ella, siempre oyendo todo lo que ella hacía, sin escuchar nada y a nada respondiendo. Lo único que salía de su boca era un farfullar inaudible, que raramente se convertía en media palabra. El rostro de Coro era ancho y tosco como el de una máscara. Sus rasgos parecían haber sido dibujados, torpemente, la boca una línea apretada y larga, ausente de expresividad. La frente grande y bajo ella sus ojos, dos puntos insensibles que no parecían moverse por mucho que todo se agitara a su alrededor. Desde muy joven, Erresti había asumido la tutela de su hermana menor al haber fallecido su madre y tras haberlas abandonado su padre. La insuficiencia de Coro se evidenció desde muy niña, impidiéndole superar los primeros cursos de primaria. Dejó de ir al colegio y la escondieron en lo más profundo de la casa. Su cuerpo crecía, año tras año, primero pegado a la falda de su madre y luego a las piernas de Erresti, mientras su mente se iba adentrando en un cuerpo que según crecía se iba retorciendo más y más, hasta acabar siendo un desorden de miembros, brazos, piernas y manos. Erresti volvió a reafirmar su anterior observación—: Hay que ver los tilos este año —sin que por ello

confiara que Coro le mostrara más atención, ni mucho menos, le respondiera—. Tan hermosos, los tilos. Más hermosos que nunca, los tilos este año.

Los tilos se veían desde la ventana del salón grande, en donde se sentaban por las tardes mientras Erresti cosía. Tampoco miró Coro esta vez a su hermana. Seguía pendiente de un punto fijo en la pared, entre la ventana de solana y la puerta, en el que nadie más que ella podría apreciar nada. Nadie sería capaz de asegurar qué es lo que Coro veía y cómo encajaría eso que veía en el mundo de los demás y en su propio mundo, sólo accesible a ella y a su mente perdida. Erresti bajó la mirada y siguió cosiendo. A su izquierda, tenía un montón de encargos pendientes que iba cumpliendo por estricto orden de entrega, sin discriminar entre un simple remiendo o un vestido para una fiesta. A su derecha, en otra cesta, iba depositando el trabajo realizado, que a la mañana siguiente doblaría y plancharía, dejándolo listo para su entrega. Consideró que ya había dedicado tiempo suficiente en ese día para los encargos. Ahora, interrumpido lo que eran los trabajos pendientes, se concentró en la labor a la que se dedicaba desde hacía una vida entera. Volvía a repuntar la colcha. Estaba formada por recuadros de telas diferentes y había crecido año tras año hasta llegar a poder cubrirla completamente. Una colcha para cama grande, de 7 palmos por 10, formada por trozos irregulares de telas de todo tipo, con miles de estampaciones diferentes. Retales que había ido incorporando con el curso de los años, robándolos de telas de los trabajos que realizaba. No de todos los trabajos. Sólo de algunos, sólo de unos muy determinados, elegidos con escrupuloso cuidado, con un criterio para ella muy definido, casi un acto de justicia. Erresti sabía que dentro de poco su colcha estaría acabada. Debía estarlo para arroparla a ella en su momento, como mortaja en su velatorio y sudario en su tumba. Cuando la enterraran quería sentirse unida a aquello a lo que se había dedicado durante toda una vida.

La colcha empezó a tejerse a propósito del único hombre con el que ella tuvo algo que ver. Erresti no hubiera permitido que nadie la tomara como novia suya. Tampoco hubiera discutido con nadie que le hubiera reprochado ser amante del hombre. No pretendía que él estuviera enamorado de ella y tampoco se engañaba con sueños idílicos. Erresti sentía una necesidad. Consecuentemente, se dejaba llevar por una inclinación hacia lo que pudiera satisfacer esa necesidad. Pero no le gustaba lo que el hombre le hacía cuando nadie miraba y mucho menos lo que decía. Él no paraba de hablar,

prometiendo cosas que estaban fuera de la comprensión de Erresti. Lo que ella necesitaba era más simple. Lo que él quería, sucio. Lo que le decía a ella, la gota que colmaba el vaso. Mientras le tomaba medidas para un traje, ella cortó con sus tijeras un trozo de tela de la camisa que él llevaba puesta. El hombre en ese momento no se dio cuenta de nada. No se dio cuenta tampoco semanas después de por qué algo líquido le empapaba el pantalón y llegaba a encharcar su zapato derecho. Se descalzó y se sorprendió de verse el pie completamente ensangrentado. Poco a poco, fue derrumbándose bajo los tilos sobre un charco enorme y oscuro, en el que murió boqueando como pez fuera del agua. Fue el primer retal para lo que poco a poco se convirtió en su colcha, según se iban añadiendo uno a uno recortes de tela, según iban cayendo aquellos que ella consideraba.

Hubo casos realmente desmedidos, como el de la familia Soldevilla: una serie de desgracias de tipo muy diverso que durante unos meses fueron asaltando a sus miembros, desde la abuela nonagenaria hasta una pareja de mellizos recién nacidos, hasta acabar con todos ellos. Otros sucesos tal vez fueron simples equivocaciones... Viajeros de paso por el pueblo y que tuvieron la desgracia de cruzarse con la mirada silenciosa de Erresti. Un par de ancianos que vivían solos y a los que nadie echó en falta hasta varios meses después. La dependienta de la mercería del centro del pueblo, que desapareció un fin de semana y que luego fue encontrada despeñada dentro de su coche. Casualidades, sin ninguna duda, aunque para Erresti cada uno de estos sucesos tenía relación con un retal, con un motivo y con una razón, muy dentro de ella, en lo más oscuro de su alma. Coro estaba a su lado, como había estado durante todos estos años, testigo mudo e insensible de todas y cada una de las historias que había tras esos retales. Ahora Erresti la miraba, y cerraba con fuerza los párpados. No podía dejarla sola. Ella iba a ser la última pieza de su colcha y sería así la primera persona que ella se encontrara y que recogiera en su paso inmediato al otro mundo, un más allá que se figuraba que debía ser tan gris como este mundo o más, pero que no iba a ser tan solitario como lo era su vida en éste.

Coro se concentraba en un punto, entre la ventana y la puerta. No se fijaba en los tilos, no había visto nada destacable en ellos. Los tilos siempre estaban ahí, así que ahora no tenía razón para mirarlos con mayor detenimiento y aún menor razón había para seguir con atención las trivialidades que salían de la boca de Erresti a todas horas. Realmente,

no le interesaba nada de lo que pudiera decir cualquier ser de los que le rodeaban. Por eso, nunca hablaba. No veía razones para romper su silencio, no las había visto nunca a lo largo de su vida, así que su garganta no había emitido palabra alguna desde que era muy pequeña. Su voluntad de permanecer en silencio era tan firme como para que todos la consideraran disminuida. Que la trataran como idiota no era algo que afectara a Coro. Le daba igual que seres como aquél que a su lado gastaba el tiempo farfullando y cosiendo la juzgaran. Miraba los trozos de tela que Erresti había unido en una amplia extensión de tela remendada. Qué estúpido que alguien supuestamente inteligente dedicara una vida entera a aquella superchería de retales, venganzas infantiles y muertes imaginadas. Coro bien sabía lo que había pasado con cada uno de los antiguos propietarios de aquellos trozos de tela y no había nada de extraordinario en ello. Simplemente, lo que había era aburrimiento. El aburrimiento de estar atrapada en un mundo demasiado monótono, en un cuerpo demasiado limitado, el aburrimiento de estar encerrada en un lugar tan estrecho. Por las noches, cuando el cuerpo descansaba, ella recuperaba parte de su libertad, y entonces podía olvidarse de todo y sacudirse de ese encierro tedioso lleno de tantos hechos y cuestiones previsibles. En cierto momento, se decidiría y lo abandonaría todo. Pero en esa decisión, en la que dejaría por fin tanta rutina vacía; en esa decisión, como en el resto, el ser que tenía a su lado y que le servía para alimentar y limpiar el cuerpo que le albergaba, no tendría nada que ver. Pese a que Erresti se atravesara el alma puntada a puntada. Era tan fácil jugar con ese ser que se decía su hermana... Bastaba con que Erresti deseara desde lo más sucio de su interior (aunque no hay nada tan sucio ni tan profundo como para que Coro no pudiera penetrar en ello). Pero lo que quería Coro, lo que Coro hacía, no dependía de la voluntad de nadie humano. Poco tenía Coro que ver con Erresti y con su colcha. Y nada tenían que ver en todo ello los tilos.

Los tilos seguían ahí, donde siempre habían estado, soberbios e indiferentes. No más bellos que en ningún otro momento, siempre iguales. Ante los tilos el tiempo parecía detenerse y desde su altura aplastante contemplaban épocas perdidas. Marcaban con su silencio un tiempo previo a todo lo imaginable.

Entre la puerta y la ventana.

Un punto en la pared.

En la pared sin pensamiento. Un ojo. Un vigía.

Un ojo sin dimensiones, un punto. Algo que existe y observa. Algo que sólo puede ser observado por ella. Algo como ella, algo que no es ella. Algo muy diferente a ella, pero tan similar a ella. Algo que ha estado siempre allí, invisible en su falta de extensión. Algo que pacientemente espera; algo que aún no ha llegado a emerger y que lentamente se desvanece en la nada, sólo un punto. Algo sin importancia, nada, un todo: imposible de ser comprendido por la mente humana. Nada digno de ser considerado por cualquier ser humano. Demasiado poderoso para tener piedad o compasión. Un punto definido, indefinible. Un punto que se expande en la nada y hacia el cuál Coro extiende la mano, dispuesta a depositar sobre su inexistente superficie una caricia imposible.

Ella lo mira, no deja de mirarlo. Ella se siente observada. Cuando logra tocarlo, atravesando mundos tan distantes, ella siente cómo pasa a su través la fuerza de todo un universo. Siente la opresión infinita dentro del punto. Ella lo mira y se identifica con su ausencia. Ella comprende. La boca de Coro se distiende en una mueca, que quizá Erresti, de haber estado mirándola, hubiera identificado con una sonrisa. El sabor metálico de la sangre picoteó en sus encías.

Y cuando finalmente Coro no soporta más el aburrimiento y decida que sea mejor abandonar para siempre el cuerpo que le ata... Coro se plantea si entonces aquello desaparecería con ella, o bien seguiría en el mundo, pero sin que ya estuviera ella para contenerlo. Nada retendría entonces la fuerza que emana de este punto y ella siente dentro. Sin ella, sin que nada lo detenga, se iría extendiendo de forma silenciosa. Coro dejó de concentrarse en el punto y algo hizo que su atención volviera a la habitación. Erresti canturreaba con la boca cerrada. Su boca se movía como si estuviera dando vueltas a una nuez entre los dientes. Erresti se frotó el ojo izquierdo con el dorso de la mano y se apresuró con la costura, a punto de dar las últimas punzadas. Erresti, furtivamente, miraba a su hermana. Ésta supo disimular, aparentar que no se daba cuenta de ello.

Coro sintió que una aureola negra, un aroma dulzón y pútrido se expandía por la habitación y que las rodeaba. Erresti empezó a respirar de forma agitada. Le faltaba el

aliento, pero no quiso reconocer que lo que le estaba ocurriendo fuera algo distinto que lo habitual en su vida cotidiana. Erresti sintió el pinchazo en ese punto blanco tras su ojo de una forma especialmente intensa. Coro sorbió con su boca el aire y con esa inhalación limpió el ambiente de cualquier amenaza. Coro miró y el punto aún seguía allí. Sus labios volvían a suavizarse con un gesto vago, para luego cerrarse como los de un lagarto al cazar una mosca.

Los tilos seguían ahí afuera, como desde hacía tantos años. Los tilos que parecían vivir eternamente, atravesando de forma lateral el tiempo, testigos mudos a través de los siglos. Los tilos entre los cuales Erresti había vivido su vida, había paseado de la mano de su madre, se había asomado un día al carrito en el que dormitaba su hermana; los tilos a través de los que avanzó más de una vez al lado de un coche fúnebre: los tilos que la llevaron a la escuela y luego al taller de costura. Los tilos bajo cuyas sombras, mientras se dirigía a misa, aprendió a odiar a Dios. Los tilos entre cuyos troncos negros avanzaba rápidamente llevando escondidos bajo su falda retales robados: trozos de vestidos, de pantalones, de camisas y camisones. Los tilos estaban allí y nada parecía impedir que siguieran allí por mucho tiempo.

Erresti cogió las tijeras. Cortó el último hilo y luego las empuñó mientras su hermana aún miraba, insensible, a un punto fijo en la pared. Cuando estaba a su lado, casi rozándola, Coro se volvió hacia ella y Erresti pudo ver claramente la sonrisa que deformaba aún más su boca.